

Variaciones Freud.

Archivo, psicoanálisis, ficción y viaje

Justo Serna

Universidad de Valencia

Fecha de aceptación definitiva: 8 de octubre de 2008

Resumen: El propósito de este ensayo es presentar unas Variaciones Freud, dicho esto metafóricamente. En música, la variación es una técnica formal que consiste en alterar los materiales conforme se repiten: reiteración con cambios. O en otros términos: es una forma que consiste en sucesivas ejecuciones de un tema fundamental que se modifica o se presenta modificándose. Esto es lo que he intentado hacer en este ensayo. Tomar a Freud como tema y variación, como reiteración con cambios. Los cambios se refieren a la noción de archivo, al tratamiento del psicoanálisis, a la idea de la ficción y a la práctica del viaje. Y Freud como protagonista de estas variaciones.

El psicoanálisis freudiano es una particular teoría de la condición humana; es también un tipo de tratamiento gracias al cual los pacientes verbalizan pensamientos, incluyendo asociaciones libres, fantasías y sueños: materiales a partir de los cuales el analista describe los conflictos inconscientes que causan los síntomas del paciente y sus problemas de carácter. Él los interpreta para que el paciente comience a elaborar sus propios recursos para la resolución de problemas. El psicoanálisis se ha aplicado en literatura y sociología, en antropología y religión, provocando interés entre un público que no necesariamente tiene inclinación por el ámbito clínico. También en la historia cultural el psicoanálisis provoca interés público.

Palabras clave: historia cultural, psicoanálisis.

Abstract: The aim of this essay is to present some Freud variations. In metaphorical words. In music, variation is a formal technique where material is altered during repetition: reiteration with changes. Or in other words: a form in which successive statements of the fundamental musical idea —or theme— is altered or presented in altered settings. That is what I try to do in this essay. Freud like theme and variation, like reiteration with changes. The changes involve file, psychoanalysis, fiction and travel. And Freud like protagonist of these variations.

Freudian psychoanalysis refers to a specific theory of human condition; refers a type of treatment in which the analytic patient verbalizes thoughts, including free associations, fantasies, and dreams, from which the analyst formulates the unconscious conflicts causing the patient's symptoms and character problems, and interprets them for the patient to create insight for resolution of the problems. Psychoanalysis applied in literature and sociology, anthropology and ethnology, religion and mythology, incited the interest of a public that had no inclination towards the clinical realm. Also in cultural history incited the public interest.

Key words: cultural history, psychoanalysis.

Freud y el archivo

«He destruido todas las notas correspondientes a los últimos catorce años, así como la correspondencia, los resúmenes científicos y los manuscritos de los artículos», dice Sigmund Freud.

De las cartas, sólo he conservado las de mi familia. Las tuyas, mi vida, nunca corrieron peligro. Al obrar así, todas las antiguas amistades y mis parientes comparecieron ante mí efímeramente para recibir silenciosos el tiro de gracia (mi imaginación se aferra aún a la historia rusa); todos mis pensamientos y sentimientos sobre el mundo en general y sobre mí mismo en particular no merecen la pena pervivir. Tendré que pensarlos todo de nuevo, había muchísimos papeles que romper. Era preciso que los destruyera. Se iba acumulando a mi alrededor como dunas en derredor de la Esfinge, y, dentro de poco, sólo mis narices hubieran emergido por encima de los papeles. No podría haber entrado en la madurez ni podría haber muerto sin preocuparme pensando en qué manos caerían. Además, todo lo que no está relacionado directamente con el punto culminante de la existencia que he vivido hasta ahora, con nuestro amor y mi elección de carrera, murió hace tiempo y no debía verse privado de un funeral decente. En cuanto a los biógrafos, allá ellos. No tenemos por qué darles todo hecho. Todos acertarán al expresar su opinión sobre *la vida del gran hombre*, y ya me hace reír el pensar en sus errores¹.

Sigmund Freud escribe estas palabras el 28 de abril de 1885. Las dirige a quien por entonces ya es su prometida, Martha Bernays. ¿Qué expresan? ¿Modestia o presunción? ¿Reconocimiento de la contingencia o deseo de eternidad? El remitente tiene 28 años: acaba de terminar su formación académica —medicina— y no cuenta con ninguna obra verdaderamente importante, aunque se sabe llamado a grandes gestas². ¿Cuáles? Ha realizado un primer gran expurgo de su obra, de sus escritos. Si hemos de creer lo que le confiesa a su novia, los sabe perecederos, insuficientes, provisionales.

«Tendré que pensarlos todo de nuevo, había muchísimos papeles que romper», dice expresamente. No parece haber malicia o arrogancia en esa revelación de Freud. Como mucho, demuestra una consideración altísima de sí mismo: ve el potencial sobre el que se asienta su pensamiento, y sus obras, sus obritas efímeras, no dan suficiente cuenta de esa potencia: dan cuenta, sí, de la penosa lucha por configurar un objeto, un objeto sobre el que arrojar luz. Sabe lo que aspira a descubrir: sabe que es algo que sus colegas ignoran por inercia o por pereza, algo que, simplemente, repudian. Su potencial ha de expresarse: en ello consiste su

¹ FREUD, Sigmund: *Epistolario, 1884-1909*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1988, pp. 156-157.

² Sobre la vida de Freud y sobre los datos que aquí menciono, pueden consultarse las siguientes biografías: GAY, Peter: *Freud: una vida de nuestro tiempo*, Barcelona, Paidós, 1990; JONES, Ernest: *Vida y obra de Sigmund Freud*, Barcelona, Anagrama, Barcelona, 2003; y BREGER, Louis: *Freud: el genio y sus sombras*, Barcelona, Vergara, 2001.

principal rebeldía. Una realidad se manifiesta nueva o extraña y falta el lenguaje que la designe. Los malestares psíquicos que llamamos neurosis son tan recientes —¿tan recientes?— que no hay palabras que los nombren. Hay que detectar esa desazón psíquica y cómo abordarla. Él espera hacer ciencia de lo que después acabará llamándose psicoanálisis. Como Marx, que también había esperado hacer ciencia cuando examinaba el funcionamiento de la sociedad. En realidad, el logro mayor de Freud y de Marx fue crear un modo nuevo de ver las cosas: concibieron una totalidad o sistema a las cosas que carecían de nombre o de pertenencia.

Cada época nos impone unas claves de percepción y de actuación, modos de atisbar y de obrar. Si captamos esos códigos, los marcos de un tiempo que son en parte herencia y en parte logro contemporáneo, entonces vivimos aceptablemente, instalados en una sociedad que no nos expulsa y de la que nos sentimos copartícipes, aun cuando esa integración pasable no nos procure toda la felicidad o todo el bienestar que ambicionamos. Somos la mayoría quienes actuamos así: no desmentimos lo que hemos recibido y la cultura que nos ha formado la actualizamos, la ponemos en práctica. Cuando esto lo hacemos, decimos que obramos con sentido común. Actuar así es respetar las evidencias de tu tiempo, gracias a la socialización en la que has madurado. El sentido común es eso precisamente: un repertorio de evidencias que no se cuestionan porque han funcionado. Uno no se levanta cada mañana intentando desmentir lo aprendido o lo heredado. Lo normal, lo frecuente, es aceptar esos códigos que han probado su eficacia pragmática. ¿Para qué mostrar una rebeldía individual que sólo lleva a la incomodidad, al malestar personal? Mejor adaptarse, incluso poniéndose una venda en los ojos para no distinguir lo arbitrario o lo discutible. Pero hay observadores que miran de otro modo. Por ejemplo: Sigmund Freud.

Cultivó distintos saberes, fue competente en diferentes disciplinas, desde la medicina hasta la neurología. Pero esos conocimientos en los que se formó no le bastaron y así rebasó los límites académicos. Pensó de otro modo al ser humano, pero sobre todo arriesgó teorías más o menos fundamentadas o documentadas. Eran tesis que se expresaban, además, con un nuevo lenguaje. Es decir, no sólo repensaba lo obvio, sino que, además, proponía nuevos objetos, temas inauditos que invalidaban explicaciones comúnmente aceptadas. Nuevos objetos, sí, pero también —como digo— nuevo lenguaje, una expresión diferente en forma de ensayo preferentemente: una prosa que describía al hombre de otro modo. Freud se supo genio. El genio es, desde luego, alguien que atisba mejor lo que hay o que cree ver mejor. Pero es también alguien que se atreve como visionario, como analista que dictamina o profetiza el curso de las cosas, la determinación de ese mundo o de la especie humana. Nada menos. No sólo ve lo que tiene delante —eso que el sentido común no deja ver—, sino que, además, predice lo que acabará ocurriendo. El genio es intempestivo. No es fácil ser intempestivo: ser de otro

tiempo, ir contra el tiempo, oponerse al curso de la corriente. Quien así obra se siente a disgusto con su época, incluso ajeno a sus contemporáneos. Hay en él algo que le incomoda y, por eso, se resiste a ser arrastrado, a ser identificado como uno más. El genio no tiene miedo a equivocarse y, con un alto grado de autoconciencia y de narcisismo se descubre revolucionario y enajenado, sutil y destructor, alguien que nombra las cosas, que las clasifica en un archivo que crea.

«La aversión al psicoanálisis se expresa en ocasiones con ironías respecto a su lenguaje», recordaba Daniel Lagache³.

En realidad, los psicoanalistas no buscan el empleo abusivo o intempestivo de palabras técnicas que oculten la confusión del pensamiento. Pero, como cualquier otra profesión o ciencia, el psicoanálisis precisa disponer de términos propios. Siendo un método de investigación y de tratamiento, una teoría del funcionamiento normal y patológico del aparato psíquico, ¿cómo habría podido formularse la novedad de sus descubrimientos y concepciones sin recurrir a palabras nuevas? Es más, puede decirse que todo descubrimiento científico se forma, no amoldándose al sentido común, sino a pesar o en contra del sentido común; el escándalo provocado por el psicoanálisis se debe menos a la importancia que atribuyó a la sexualidad, que a la introducción de la fantasía inconsciente en la teoría del funcionamiento mental hombre en sus relaciones con el mundo y consigo mismo; el lenguaje usual carece de palabras para designar las estructuras y movimientos psíquicos que, a la luz del sentido común, no existen: ha sido, pues, necesario inventar palabras [...], concluía Lagache.

Freud y el psicoanálisis

Inventar palabras. «¿Qué lugar ocupa Freud? ¿No se cuenta, al fin y al cabo, entre los modernos más dramáticos? A juzgar por sus gustos, no le corresponde dicho estatus. En arte, música y literatura, era un burgués completamente conservador», admite Peter Gay⁴. En realidad, su genialidad intempestiva o, en otros términos, «su antagonismo hacia las actitudes sociales y culturales heredadas de su clase se manifiesta en otros aspectos», añade.

En efecto, cuando analizamos la renuente recepción, por lo general implacablemente antagónica, de las ideas de Freud en el siglo XX, particularmente en materia de sexualidad, salta a la vista la inflexible disidencia del autor. Si muchas de las opiniones freudianas sobre el presente y el pasado del animal humano parecen hoy lugar común, es porque gran parte del mundo respetable ha ido asimilándolas lentamente a lo largo de todo un siglo, insiste Gay.

Todavía no se ha analizado plenamente la repercusión de las teorías psicoanalíticas de Freud en la cultura occidental. Fue una influencia indirecta pero de

³ LAGACHE, Daniel: «Razones e historia de esta obra», en J. Laplanche y J.-B. Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1987 (2ª ed. revisada, 1968), p. IX.

⁴ GAY, Peter: *Modernidad. La atracción de la herejía de Baudelaire a Beckett*, Barcelona, Paidós, 2007, p. 20.

hondo calado, sobre todo en los burgueses cultos, cuyos gustos están inextricablemente ligados a los orígenes y el desarrollo de la modernidad [...], concluye Gay⁵.

Admitido lo anterior, ¿tiene algún sentido leer hoy a Sigmund Freud, hacerlo en clave histórica⁶? Transcurridos más de ciento cincuenta años de su nacimiento; transformada o desaparecida la sociedad victoriana que fue su cuna, ¿nos aporta algo su consulta? Si, además, la psicología de rango universitario o la psiquiatría oficial no se basan en los principios o en los fundamentos del psicoanálisis, ¿es provechoso seguir invocando a Freud? Recordemos la imagen tan difundida del psicoanálisis, aquella que arranca de la Viena de principios del siglo XX y que, después, se extiende por todo el mundo gracias a su éxito americano. La influencia ha sido decisiva y así, en el arte, en la literatura, en la filosofía, se aprecian las huellas de este judío que concibió su ateísmo declarado, expreso, como una rebelión humana, humilde y dignísima contra la fantasía de un Dios omnipotente, contra el delirio religioso colectivo. Pero, insisto, ¿es el descubrimiento del Dr. Freud un fenómeno de otro tiempo?

Su paciente es una persona neurótica, alguien que siente un fastidio más o menos doloroso y antiguo. Es alguien que experimenta un malestar psíquico (compulsiones, repeticiones): daños, en fin, en los que ese paciente —él mismo— es víctima y victimario. El enfermo de Freud es un tipo adinerado, con recursos suficientes para pagarse un tratamiento inevitablemente largo, de varios años, un tratamiento que suele obligarle a acudir tres o cuatro veces a la consulta del terapeuta. El paciente de Freud es un sujeto aceptablemente culto y activo, dueño de un signifiante expansivo, capaz de elaborar un discurso que vuelca en sesiones de cincuenta minutos, un discurso que, sin embargo, no suele ser lógico. Más aún, el parloteo del analizado tiende a la dispersión, al desorden expositivo. Es allí, en la consulta, en donde el neurótico se tumba en un diván tomando al analista como interlocutor. El terapeuta es, sin embargo, alguien silencioso, casi mudo, alejado del campo de visión del analizado, alguien que anota, que sólo interviene excepcionalmente y del que, en general, no se sabe gran cosa, una especie de esfinge invisible, una suerte de depósito vacío al que el paciente transfiere sus horrores con una cháchara inconexa⁷.

¿Y para qué sirve esa locuacidad dañada? ¿De qué habla el neurótico? Se expresa sin seguir un método narrativo, aquel que establece un planteamiento, un nudo y un desenlace; se expresa dejándose llevar por una *asociación libre* en la que

⁵ *Ibidem*, p. 21.

⁶ GAY, Peter: *Freud for Historians*, Oxford, Oxford University Press, 1985.

⁷ Sobre las imágenes comunes y tópicas del analista y su paciente, véase: SERNA, Justo: «Freud y la reina que hilaba hierbas de oro», *Claves de razón práctica*, 135 (2003), pp. 66-70. Allí, por ejemplo, rasreamos la imagen tan difundida y satirizada del terapeuta y su diván.

al dolor se añade la euforia, en la que a la melancolía se unen rencores, incluso sentimientos homicidas, en la que a lo presente se adhiere lo pasado, hasta lo remoto, lo infantil, lo más alejado. De lo que se trata es de que el analizado verbalice sus compulsiones, sus síntomas, sus sueños, sus miedos, sus fantasmas, un mundo interior que pugna por salir y que, en estado de reposo, emerge casi sin censura, sin represión. Aquello que aflora procede, en expresión de Freud, del inconsciente, una especie de depósito interno, propio de la estructura psíquica y en el que se albergarían las pulsiones de cada uno, neurótico o no. En lenguaje psicoanalítico, las pulsiones son fuerzas psicofísicas, la energía primaria que nos mueve, la principal de las cuales sería la satisfacción de nuestros instintos más primitivos, el placer, la pura delectación, la libido corporal⁸.

Cuando nacemos, somos cuerpos en demanda de ser preservados y satisfechos, organismos dependientes, individuos que tardan en distinguirse, en valerse, infantes que se confunden con la progenitora, que se identifican con esa fuente nutricia y protectora que es la madre⁹. Crecer, dice Freud, es alejarse de ese paraíso maternal, es distanciarse de ese confuso magma infantil, tutelados, reprimidos básicamente por el padre, representante de la sociedad, de la ley, un padre al que se vive como un rival en las sollicitaciones carnales de la madre. Crecer, insiste Freud, es aprender a tolerar la frustración (ni el mundo ni la madre están sólo a nuestro servicio). Socializarse, pues, entraña una represión de aquellas pulsiones placenteras, dado que implica demorar la satisfacción adoptando la conducta correcta y moralmente adecuada que el pudor colectivo nos impone y que el padre, en lo fundamental, nos enseña. Ahora bien, esa maduración es incompleta si aquellos instintos primarios son sofocados siempre o permanentemente, si aquellas pulsiones o urgencias son asfixiadas. En realidad, no desaparecen: se manifiestan desde el inconsciente de manera torcida, patológica, como burbujas que anuncian una ebullición sin válvula de escape, una ebullición que puede acabar explotando. Encontrar un equilibrio entre lo libidinal y lo social, lo instintivo y lo cultural, es la penosa, la esforzada tarea a que debe aplicarse el individuo maduro.

Al final, concluida la sesión, después del semirreposo, el paciente regresa a la vida de vigilia. Sucede después de la ensoñación en la que ha estado sumido, con un terapeuta del que ha aprendido a analizar sus propios síntomas. Regresa a la existencia cotidiana en la que las pequeñas y grandes miserias continúan. Allí procurará evitar las repeticiones dolorosas, las compulsiones neuróticas, y allí tratará de conducirse de una manera adulta, sin el daño suplementario que él mismo

⁸ Para el lenguaje psicoanalítico sigue siendo imprescindible el volumen ya citado de LAPLANCHE, Jean y PONTALIS, Jean-Bertrand: *Diccionario de psicoanálisis...*, op. cit.

⁹ MINSKY, Rosalind: *Psicoanálisis y cultura. Estados de ánimo contemporáneos*, Madrid, Cátedra-Universitat de València, Frónesis, 2000.

se inflige por error, por confusión, por unas elevadas autoexigencias. El paciente que sale a la calle se siente aliviado, incluso más ligero, sin ese fardo de malestares que de ordinario acarrea.

«El psicoanálisis es un arte que se esfuerza en comprender y modificar fenómenos irracionales, pero es un arte racional, fundado en conocimientos positivos», decía Daniel Lagache.

Un psicoanálisis es siempre una investigación, pero el descubrimiento no surge ex nihilo o de las tinieblas del inconsciente. La interpretación se conforma a menudo por tanteos progresivos, y aunque tenga la apariencia espontánea de la intuición, en realidad es la aplicación de un saber general a una situación particular y concreta. El psicoanalista no es ni un adivino ni un hechicero, concluía Lagache¹⁰.

Freud aspiraba a constituir un saber científico: era un determinista, hijo del Ochocientos, como Marx, por ejemplo. Pero al igual que Marx sabía del empeño humano, de la voluntad humana: los individuos queremos conocernos, queremos examinarnos, queremos ser dueños de nuestros actos para así gobernarnos mejor. Si hubiera vivido hoy, no sé si Freud habría insistido en calificar de ciencia el psicoanálisis: a lo que no habría renunciando es a instituir un saber riguroso y práctico, quizá un pelín abstruso, pero riguroso y práctico. Ahora bien, como nos recuerda Lagache, el psicoanálisis también tiene algo de arte. Es una techné: hay reglas que seguir, aunque, eso sí, el practicante ha de poner su genio particular, su capacidad de observación, su olfato incluso. ¿Como los oficiantes de una Iglesia? ¿Como el sacerdote que administra los sacramentos? No. No es un confesor que imponga una penitencia. Se presenta, en todo caso, como un interlocutor benévolo que tampoco suscribe todo lo que el otro dice. Pero tiene algo de arte, insisto. Como precisa Lagache, «la formación científica, si bien necesaria, no basta para hacer un psicoanalista»¹¹.

El arte del que habla Lagache es escuchar sin premuras, es saber amoldarse al material, saber sacar algo que el propio paciente ignoraba poseer o conocer. ¿Cómo? Siguiendo a Freud, el psicoanalista ha de mostrar una actitud receptiva, ha de provocar una atmósfera que no sea desfavorable, ha de tener paciencia hasta que se desprenda la plena significación de lo que se le cuenta. ¿Son éstas actitudes mágicas? En realidad, son virtudes humanas. Freud decía que el psicoanalista debería tener una disposición especial: la llamaba atención flotante. Es la disposición para escuchar con sentido participativo y distante a la vez, con sentido crítico y amistoso: nuevamente, sin prisas. No sabemos si de ahí se deriva la ciencia. Lo que sí sabemos es que resulta un buen programa de vida. Fin. ¿Fin?

¹⁰ LAGACHE, Daniel: *El psicoanálisis*, Madrid, La Lucerna, 2008, p. 147.

¹¹ *Ibidem*.

Este tratamiento y sus fundamentos han sido objeto de aceptación y controversia, de fidelidad y repudio. Freud creyó hacer ciencia, pero la ciencia de hoy no se apoya en los supuestos deterministas de los que él partió o no se vale de las pruebas tal como él las estableció. Desde el principio, el psicoanálisis vienés de Freud recibió severos varapalos de los filósofos y de los epistemólogos más reputados, algunos de ellos paisanos suyos, como fueron Ludwig Wittgenstein o Karl Popper¹². El primero, por ejemplo, le reprochó pasar como conocimiento científico lo que sólo o sobre todo era fantasía, poesía; el segundo le negó la mayor: los enunciados del psicoanálisis no podrían *falsarse*, o, en otras palabras, era tal la falta de pruebas en la teoría freudiana (y por tanto inaceptables para quienes no suscribían sus fundamentos, simple arcano) que las ideas Freud, sus hallazgos, no admitirían evidencias alternativas. *Pseudociencia*, pues: como el marxismo, añadía Popper. Los freudianos han respondido a estos reproches refinando sus pruebas, mejorando sus procedimientos, depurando sus teorías, verificando en la clínica lo que la experiencia les dictaba, tarea que no siempre han compartido todos los psicoanalistas y labor que, al final, no logra la anuencia de los rivales¹³.

En todo caso, para el individuo actual, lo que queda de la herencia freudiana es una antropología de la condición humana extraordinariamente elaborada, brava, a veces convincente, una antropología guiada por un noble fin: aliviar el dolor humano. Pero más que esto, para los lectores de hoy, queda una obra de expresión verdaderamente admirable, un repertorio de estudios osados y muy bien escritos. Las historias clínicas, por ejemplo, son auténticos relatos que pueden tomarse como apólogos de esa condición humana averiada¹⁴. O los ensayos filosóficos, aquellos en los que Freud aventuró diagnósticos sobre la sociedad, sobre la religión o sobre la cultura, pueden leerse como especulaciones audaces. Hay dudas acerca de sus concepciones; hay reproches antiguos acerca de los enunciados científicos en los que dice fundarse; y, en fin, hay reparos serios acerca de la eficacia de su terapéutica. Aquello en lo que hay consenso, sin embargo, es en reconocerle su genio de escritor. Sus obras tienen la morosidad y el cuidado del miniaturista, del docto, del virtuoso que rehace el mundo con la palabra. Es por eso por lo que hasta sus críticos más duros, puestos a enjuiciarlo, acaban admitiéndole al menos valor literario, la elegancia de su discurso, su virtud narrativa o estética, el goce que nos procuran sus relatos clínicos o el placer que nos

¹² Véanse las páginas de WITTGENSTEIN, Ludwig: *Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa*, Barcelona, Paidós, 1992; y de POPPER, Karl: *Búsqueda sin término: una autobiografía intelectual*, Madrid, Tecnos, 1977. Una reflexión sobre estas críticas en BOUVERESSE, Jacques: *Filosofía, mitología y pseudociencia*, Madrid, Síntesis, 2004.

¹³ Sobre la epistemología del psicoanálisis, véase ROCHE, Rafael Cruz: *Psicoanálisis: reflexiones epistemológicas*, Madrid, Espasa Calpe, 1990.

¹⁴ Sobre la fuerza narrativa de los relatos clínicos, véase SERNA, Justo: *Héroes alfabéticos*, Valencia, PUV, 2008, pp. 214 y ss.; FREUD, Sigmund: *Relatos clínicos*, Madrid, Siruela, 1997.

proporcionan sus ensayos cuidados, cultísimos y metafóricos. No es tan fácil, pues, enterrar a un tipo que ya sobrepasa los ciento cincuenta años y cuyo lenguaje es, en parte, el nuestro. Tanto es así, que ya no es posible leerlo: sólo releerlo. Ésa es condición del clásico, decía Jorge Luis Borges: estamos tan embebidos de sus logros verbales, hablamos tanto su propio lenguaje que cuando creemos acceder por primera vez, en realidad regresamos.

Freud y la ficción

Los críticos de Freud son obstinados, numerosos e influyentes; sus descontentos son de variada estirpe: hay dudas acerca de su concepción antropológica; hay reproches antiguos acerca de su cientificidad, acerca de los enunciados científicos en los que dice fundarse; y, en fin, hay reparos serios acerca de la eficacia de su terapéutica, acerca de la sanación que cabe esperar de un tratamiento tan largo. Freud fue un determinista, se nos dice; Freud se aventuró con interpretaciones de imposible falsación, se añade; Freud ideó una técnica, la de la palabra y la evocación diferida, sabiendo que el tiempo, en efecto, todo lo cura, se concluye. Aquello en lo que hay acuerdo, sin embargo, aquello que los lectores, próximos o distantes, le suelen reconocer es su genio de escritor. Sus obras tienen la morosidad y el cuidado del orfebre, del erudito, del creador que recrea el mundo con la palabra. De ahí que hasta sus críticos más hostiles, puestos a enjuiciar su legado, acaben por admitirle al menos un valor literario, como si éste fuera un pseudovalor o un valor de segundo grado. No me interesa si en este caso lo literario se toma como otro más de los reproches que hacerle; lo que me interesa es el acuerdo universal que le concede la elegancia de su discurso, su virtud narrativa o estética, el deleite que nos da con esos relatos clínicos o el placer que nos procura con el *mot juste*, con el ensayo cuidado y audaz, culto y metafórico.

Pero si nos adentramos en este terreno, en el dominio de la estética, también el acuerdo acaba pronto. A la postre, no era éste un asunto de su especialidad, un médico culto, pero médico al fin. Una cosa es reconocerle a sus escritos esa virtud y otra bien diferente es, en efecto, aceptar sus palabras sobre la estética, sobre el relato y, en fin, sobre el arte. Como se sabe, Freud fue un autor prolífico, un polígrafo que frecuentó temas diversos que desarrollaban y prolongaban intuiciones propiamente antropológicas. Entre esos asuntos, uno de los aspectos más controvertidos fue el de la aplicación del psicoanálisis al arte. Son célebres, por ejemplo, los errores interpretativos que cometiera a propósito de Leonardo da Vinci¹⁵. Más aceptables son, sin embargo, las palabras que vertiera sobre la función del relato. De entre los escritos menores que la tratan y que el lector actual

¹⁵ FREUD, Sigmund: *Psicoanálisis del arte*, Madrid, Alianza, 1993.

puede seguir con mayor provecho hay uno que me gustaría mencionar especialmente y que no es el *locus* clásico al que acudir.

En efecto, si queremos dar con su texto más famoso sobre la creación, en ese caso deberíamos recurrir a *El poeta y los sueños diurnos*¹⁶, un texto fechado en 1908. Pero si queremos reparar en ese otro que es complemento atinado y frecuentemente ignorado de la tesis freudiana, en ese caso habría que apelar a un ensayo de 1915 titulado *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*¹⁷. Como se sabe, en el texto de 1908, que prolonga aseveraciones de *La interpretación de los sueños* (1900)¹⁸, el arte y el instante creador son concebidos con un acto de reparación. Los instintos insatisfechos son los motores impulsores de las fantasías —sostiene Freud—, y cada una de las fantasías es una satisfacción de deseos, una reparación de la realidad insatisfactoria. Es muy aceptable esa fina y constatable observación en tantos y tantos narradores, en esos *deicidas* que se arrojan el derecho de atentar contra la realidad que los limita, que los niega, que los amputa. Pero no estoy muy seguro de que ese dictamen freudiano agote la índole de la ficción en creadores y en lectores. El propio austríaco añadió algo más; añadió lo que, para entendernos, podemos llamar la tesis de las vidas potenciales o lo que yo llamaría el arte de leer ficciones.

Si me imagino otras vidas —y los narradores así lo hacen— no es sólo porque aspire a enderezar fantasiosamente una realidad insatisfactoria, sino porque esas vidas imaginadas y examinadas me sirven para cerciorarme, para evaluar la justeza de mis decisiones, el acierto moral y personal de mis elecciones. No es que mi existencia sea incorregible o perfecta, sino que al proceder así, al imaginarme en otras vidas, evito la melancolía triste y consoladora de lo que pudo ser y no fue. En el ensayo de 1915, las observaciones de Freud matizan y añaden elementos nuevos a su tesis clásica de la sublimación y de la rectificación de la realidad insatisfactoria como función de la obra de arte. En las *Consideraciones*, nuestro autor describe una finalidad nueva para la ficción, al menos para los destinatarios de la ficción: la de multiplicar las vidas, la de darnos una «pluralidad de vidas» —según su propia expresión— como modo de ensanchar nuestra existencia, de dilatarnos. Crecemos y maduramos buscando seguridad, protegiéndonos de las asechanzas y del riesgo. La vida, dice Freud, está llena de renunciaciones, renunciaciones que nos permiten olvidar incluso la principal amenaza que nos aflige, y que no es otra que la de nuestra desaparición física. Así, nos alejamos irresponsable y fantasiosamente de la evidencia de la muerte que a todos nos llega, de esa muerte que nos

¹⁶ *El poeta y los sueños diurnos*, en FREUD, Sigmund: *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, tomo II.

¹⁷ FREUD, Sigmund: «Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte», en S. Freud, *El malestar en la cultura y otros ensayos*, Madrid, Alianza, 1970.

¹⁸ FREUD, Sigmund: *La interpretación de los sueños*, Madrid, Alianza, 1968.

parece inimaginable. Pero tantas renunciadas, tanta seguridad e itinerario fijo nos empobrecen la existencia, añade Freud, nos convierten en ese nimio y previsible personaje al que se refiriera alguna vez Bioy Casares. Una vida así, una vida en la que hemos reducido las empresas más peligrosas, llega a limitarnos o, al menos, nos deja con la duda de cómo pudo ser una existencia con riesgo o con otras opciones. Lo bueno de la ficción que leemos es que nos presenta la muerte, el peligro, la pérdida, la rutina, lo que no fuimos y lo que no somos, el paralelo de nuestro devenir, pero a la vez nos permite distanciarnos y sobrevivir a los personajes con quienes nos identificamos. De la ficción solemos salir indemnes; de la muerte real, lamentablemente no¹⁹.

Hablaba Félix Martínez Bonati en un célebre artículo del «acto de escribir ficciones» y se refería concretamente a la naturaleza del acto de habla de que hay en el mundo posible de las ficciones narrativas²⁰. Yo prefiero ahora hablar del acto de leer ficciones, del arte de leerlas. ¿Por qué llamamos arte a lo que, de entrada, no parece un acto creador? La estética de la recepción, por ejemplo, nos ha advertido acerca del relleno de espacios vacíos en que consiste la lectura, de cómo los destinatarios colman lo no dicho por el novelista, lo implícito, las elipsis²¹. Pero, claro, llamar a eso un arte parece, en efecto, algo excesivo, algo hiperbólico, por cuanto el relleno es o suele ser un cumplimiento instruccional (el lector modelo de Umberto Eco²²) o una violación de sus reglas (una descodificación aberrante, una sobreinterpretación, un uso, en palabras del propio Eco²³). Si lo llamo arte es porque nos ayuda a crear nuestras vidas y no sólo a llenar la palabra no dicha por el narrador. La vida es corta, está amenazada por la muerte y nuestras elecciones nos amputan. Gracias a las ficciones que leemos nos rellenamos con experiencias vicarias, pero también exploramos la psique, los rincones que ignoramos y que se alumbran con el chorro de luz de la ficción, nuestras zonas de sombra: nos damos territorios que no hemos transitado pero que están potencialmente en nosotros. Dicho así, si nos tomamos en serio las ficciones, leer es un arte o un autoanálisis asilvestrado, no un cumplimiento de instrucciones: un modo de saber qué haríamos en esa situación, cuál sería nuestra conducta²⁴. Por eso, el mejor modo de

¹⁹ He desarrollado este aspecto en SERNA, Justo: *Héroes alfabéticos...*, op. cit., pp. 13 y ss.

²⁰ MARTÍNEZ BONATI, Félix: «El acto de escribir ficciones», en E. Sullà, *Teoría de la novela*, Barcelona, Crítica, 1996.

²¹ WARNING, Rainer Warning (ed.): *Estética de la recepción*, Madrid, Visor DL, 1989; MAYORAL, José Antonio (ed.): *Estética de la recepción*, Madrid, Arco/Libros, 1987.

²² ECO, Umberto: *Lector in fabula*, Barcelona, Lumen, 1981.

²³ ECO, Umberto: *Los límites de la interpretación*, Barcelona, Lumen, 1992; ECO, Umberto y otros: *Interpretación y sobreinterpretación*, Madrid, Cambridge University Press, 1995.

²⁴ Este aspecto, que puede rastrearse en distintos autores, lo he analizado concretamente en las ficciones de Antonio Muñoz Molina. Véase SERNA, Justo: *Pasados ejemplares. Historia y narración en Antonio Muñoz Molina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, *passim*.

leer es abandonarse a un itinerario imprevisible, aquel en el que las obras se suceden por asociación libre, sin mapa de lecturas para las próximas jornadas. El mejor modo de leer, aquel en el que acto es formativo y realizativo, supone riesgo, atreverse a acertar o equivocarse; supone viaje, vaivén, intuición: la reconstrucción tentativa de un camino, de los atajos y senderos.

Freud y el viaje

Ya lo sabemos: leer es viajar. Cuando frecuentamos los libros somos como peregrinos que transitan por tierras ajenas, como nómadas que atraviesan bancasles que no han roturado. Hacemos acopio de bienes de los que nos servimos para nuestro propio beneficio. Es una metáfora archiconocida con la que se ilustra la aventura de saber y el proceso de averiguación. Ahora bien, ni todos los viajeros emprenden aventuras, ni todos los lectores abandonan su molicie: hay viajeros que no ven lo nuevo, al igual que hay lectores inconvencibles, lectores que no se mueven, que se empeñan en lo propio, que toman lo extraño para confirmar las rutinas²⁵. Pero..., no seamos inmisericordes.

Viajar es un acto generalmente incómodo: nos obliga a aceptar la diversidad de las costumbres y maneras, un acto que nos fuerza a conducirnos según los modos de cada país, a apreciar la diversidad y la unidad fundamentales del género humano. Eso lo aprendimos de Montaigne y eso lo constatamos como excursionistas animosos. Cada verano, cuando emprendemos este o aquel periplo, confirmamos lo semejantes y lo distintos que somos, la rareza de este o de aquel país. Lo mismo sucede con los libros: cada novela leída o cada volumen disfrutado nos fuerza también a salir de nosotros mismos, a examinarnos para contrastar lo que juzgamos evidente.

El turista tiene muy mala prensa entre las gentes finas y elegantes, que suelen despreciar a las muchedumbres que trasladan su casa allá donde van, muchedumbres que repiten y reproducen sin más la usanza de invierno. Tal vez, ese desprestigio se deba a los apremios de las masas plebeyas y estacionales que transitan apresuradamente valiéndose de guías, de *souvenirs*: siempre dispuestas a añadir instantáneas, siempre reconociendo lo que previamente se ha visto en una tarjeta postal. O tal vez ese descrédito se deba a que sobre el viaje hay una superstición muy novelesca que consiste en creer que la aventura es distante, que el trance que nos madura o nos temple se da en parajes infranqueables y distintos de los

²⁵ Hemos tratado la metáfora del viaje como investigación, sus implicaciones y sus reiteraciones, en SERNA, Justo y PONS, Anacleto: *La historia cultural. Autores, obras, lugares*, Madrid, Akal, 2005, *passim*. Sobre el viaje y la mirada, la ciudad y lo ignoto me ha sido muy inspirador el libro de MUÑOZ MOLINA, Antonio: *Las apariencias*, Madrid, Alfaguara, 1995. En un sentido semejante a la tesis de dicho volumen me he expresado en dos artículos. SERNA, Justo: «Mirar la ciudad», *El País* (10-XII-2001); y «Elogio del turista», *Levante-EMV* (18-VIII-2006). Alguna de las páginas que siguen son reelaboración de esas ideas.

cotidianos. Y, sin embargo, hoy todos somos turistas, a veces o de continuo, obrando como dignos herederos de los transeúntes de antaño: descendientes de aquellos nobles distinguidos que hicieron el *Grand Tour*, de aquellos potentados que se encaminaron hacia el mediodía en busca del sol meridional, del arte secular, de la espontaneidad, dispuestos a correr aventuras moderadas²⁶.

*Cartas de viaje*²⁷, de Sigmund Freud, es una obra muy apropiada para las fechas estivales... En ese volumen se recogen las misivas que el creador del psicoanálisis remitía a su familia cuando el doctor emprendía periplos mediterráneos. Suiza, Grecia, pero sobre todo Italia fueron sus destinos habituales en aquellos veranos de hace un siglo. Leyendo sobre el país, valiéndose de guías, Freud obraba como un turista: adquiría fotografías, antigüedades e innumerables *souvenirs*; remitía tarjetas postales con anotaciones fútiles, tarjetas en cuyo frontis aparecían los monumentos más notables, más célebres; se dejaba arrebatar por el arte clásico más previsible, por los vestigios milenarios de Roma, verificando museos, palacios y ruinas. Pero sobre todo Freud sublimó el viaje, el hecho mismo de viajar, pues cuando pudo hacerlo, cuando ya pudo costearse aquellos desplazamientos, se sintió como un señor, como un gran señor que había logrado sobreponerse a las estrecheces de la vida, como un individuo distinguido que finalmente había conseguido sus objetos de deseo.

De ese tiempo burgués procede nuestro turismo de hoy: no nos apresuremos a denostarlo, pues. La democratización del viaje, real o fantaseado, verificado o leído en novelas o en guías, nos permite experimentar sentimientos muy parecidos a los de Freud: el anhelo de desplazarnos es para nosotros el deseo de escapar de las presiones ordinarias; es también el afán de conocer; y es la constatación de que nuestros destinos turísticos están anticipados en los libros, la prueba de que, en fin, ver es reconocer. Feliz retorno, pues.

Como ya decíamos, Sigmund Freud cuenta con numerosos adversarios: antiguos adeptos luego distanciados y enemistados con el autor; viejos seguidores desencantados con el psicoanálisis que arremeten contra lo que juzgan una gran impostura; expertos que jamás le tuvieron simpatía y que conciben la psique humana a partir de otros supuestos o fundamentos; científicos que rechazan el método de investigación freudiano, la manera de argumentar, unos enunciados que no podrían falsarse. Etcétera, etcétera.

Decía Wittgenstein que el psicoanálisis es un lenguaje creativo que hace de la respuesta estética su principal recurso: trata de cosas que no pueden ser abordadas

²⁶ El viaje como formación burguesa lo hemos tratado en PONS, Anaclét y SERNA, Justo: *Diario de un burgués. La Europa del siglo XIX vista por un valenciano distinguido*, Valencia, Los Libros de la Memoria, 2006.

²⁷ FREUD, Sigmund: *Cartas de viaje, 1895-1923*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

y su manera de designarlas está lejos del lenguaje de la ciencia. Eso no significa que carezca de todo interés para el filósofo austriaco: significa que es un relato que da sentido, que ordena el mundo, pero que no lo roza ni lo designa propiamente. El freudismo sería un modo de percibir la realidad y por tanto implicaría una manera de relacionarse con ella, incluso de aventurarse en ella. Tanto es así que el psicoanálisis ha sido frecuentemente comparado a un viaje: es ésta una equiparación habitual, tanto entre los adeptos y como entre los contrarios.

Es más, el propio Freud concibió el análisis así: como una manera de remontarse a la infancia del hombre, como una vía de ingreso en un pasado más o menos remoto del que sólo quedarían huellas escasas, fragmentos a veces inexplicables de otro tiempo. Para el propio autor, la arqueología era una de sus pasiones intelectuales. Fue un coleccionista contumaz y Bergasse 19, su casa y su consulta en Viena, era un auténtico museo de antigüedades. Con ello, de alguna manera materializaba su pasión por el pasado: además, claro, de reunir piezas bellas o valiosas de otras culturas, especialmente de la época clásica. En esos objetos creía atisbar el principio de la sociedad a la que él pertenecía y creía ver también un mundo desaparecido que habría que exhumar a partir de indicios menores, siempre escuetos, siempre escasos.

«Supongan ustedes», indicaba Freud en 1896 ante colegas psiquiatras y neurólogos:

que un investigador viajero llegara a un lugar poco conocido en el que despertara su interés un campo de ruinas con restos de muros, trozos de columnas, de tablas con signos de escritura medio borrados e ilegibles. Puede contentarse con contemplar lo que queda a la vista, luego preguntar a los habitantes de la zona, semibárbaros, lo que la tradición les ha transmitido sobre la historia y el significado de aquellos restos monumentales, anotar respuestas y seguir viaje. Pero también puede proceder de otra manera: elegir a los vecinos que pueden trabajar con herramientas adecuadas, empezar con ellos los trabajos en el campo de ruinas, quitar los escombros y, a partir de los restos visibles, descubrir lo que estaba enterrado. Si su trabajo se ve recompensado con el éxito, los hallazgos hablan por sí mismos, concluía²⁸.

Volvamos a Wittgenstein. El filósofo austríaco habría negado rotundamente la conclusión que Freud extrae, aparentemente positivista y científica: los hallazgos del psicoanálisis jamás hablan, sino que el sentido es algo que le da el investigador. A ello, Freud habría podido responder que el significado otorgado no es una arbitrariedad, sino que puede ser contrastado con pruebas que una comunidad científica acepta o no. Etcétera. En todo caso, más allá de esa posible discusión, lo cierto es que la analogía freudiana entre el arqueólogo y el psicoanalista (el psiquiatra que exhuma restos del pasado individual ayudado por el vecino

²⁸ FREUD, Sigmund: *Epistolario, 1873-1939*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1963.

principal: el paciente) es relevante y remite una y otra vez a la práctica y a la metáfora del viaje. Una vez transcurrido el veraneo, cuando llegaba septiembre, Freud solía reservar ese mes para viajar al Sur, especialmente a Italia o a Grecia. No se desplazaba con toda su familia sino con algún pariente o amigo: su hermano Alexander, su cuñada Minna, Sándor Ferenczi o alguna de sus hijas, Anna por ejemplo. ¿Por qué viajar?

En parte esa pequeña obsesión parecía cumplir en él un viejo anhelo reparador: cuando era joven e infortunado, «viajar tan lejos, llegar hasta allí se me antojaba fuera de mis posibilidades. Esto tenía que ver con las estrecheces y la pobreza de nuestra vida». Por eso,

el anhelo de viajar era también sin duda expresión del deseo de escapar a aquella presión, semejante al impulso que induce a tantos adolescentes a fugarse de casa. Hacía tiempo que me había dado cuenta de que, en gran parte, el deseo de viajar consiste en el cumplimiento de esos deseos, es decir, en el descontento con la casa y la familia, con el padre: Jakob Freud.

Por tanto, el viaje será en él la realización de aquella huida, casi la gesta heroica de quien espera desfamiliarizarse, aventurándose en un territorio sólo vagamente conocido.

Pero la voluntad adulta de viajar no sólo responde a ese anhelo insatisfecho: responde también al afán de conocer, de saber, pues —como le dirá a su esposa en una de aquellas misivas— «las muchas cosas bellas que se ven acaban por traer, no se sabe cómo, algún fruto». Y lo bello, convencionalmente, está en el Sur, en ese mediodía que reúne los vestigios de la cultura clásica: Roma, Pompeya, etcétera. Había que ir allí para desenterrar real y metafóricamente los restos de preciosas piezas: en realidad, comprando antigüedades con las que decorar y llenar la casa —hasta casi asfixiar a los parientes—, adquiriendo numerosísimas tarjetas postales que immortalizaban el Sur redivivo. Por eso, para no equivocarse, para encontrar el sentido de esas piezas que estaban en el mercado, para saber adónde ir, para explorar lo que era un mundo antiguo aún milagrosamente presente, Freud se documentaba, leía de manera enciclopédica y, sobre todo, se agenciaba una imprescindible guía, la mejor de aquel tiempo: la *Baedeker*. Ese manual del viajero le aportaba datos imprescindibles sobre los museos que visitar, sobre los palacios que admirar, sobre las ruinas que buscar.

Del 4 al 14 de agosto de 1898, por ejemplo, Sigmund Freud emprendió un viaje por el Tirol meridional y Suiza. La compañera durante ese periplo fue su cuñada Minna Bernays. No era extraño dicho viaje ni tampoco la compañía. Leo en la prensa que

el 13 de agosto de 1898, Sigmund Freud, que entonces tenía 42 años, y Minna Bernays, de 33, se registraron como matrimonio en la habitación 11 del hotel Schweizerhaus, en la pequeña localidad de Maloja. En ese pueblo pasarían dos

semanas mientras la esposa de Freud recibía en Viena tarjetas postales que describían la belleza de los Alpes, sus lagos y sus bosques²⁹.

Como matrimonio...

Repasemos las *Cartas de viaje*, de Sigmund Freud. El 13 de agosto de 1898, desde Maloja, el doctor remite a su esposa una tarjeta postal que se recoge en dicho volumen. Dice así:

Tengo que expresar lo encantado que estoy, de lo contrario te sorprenderás cuando nos oigas. El viaje desde Pontresina hasta aquí y la propia Maloja, con glaciár, lago, montañas, cielo. ¡Incomparable! Tenemos los dos un aspecto; lástima que no nos podáis ver. Nos hemos hospedado en una humilde casa suiza, delante tenemos el hotel, como una fortaleza. Mañana nos quedamos aquí. Cariño, Sigm.

Según leo en el libro de las *Cartas de viaje*, después del 14 de agosto, la pareja abandonaba Maloja para regresar a Austria, en donde transcurriría la segunda mitad de aquel mes, ya con Martha Freud. Y, en efecto, el 20 de agosto de ese año, Sigmund Freud remitía a su amigo Wilhelm Fliess una carta desde el bello Obertresen, en Alt-Aussee (Austria), una misiva en la que decía estar con toda la familia padeciendo un calor creciente (eso leemos en otro de sus *Epistolarios*, el editado por Biblioteca Nueva)... El 31 de agosto, con destino a Dalmacia, el doctor iniciaba el único viaje largo en el que le acompañaría su mujer, leo nuevamente en sus *Cartas de viaje*.

En lo que averiguo y transcribo de las cartas, de sus fechas y de su localización, hay ciertos datos que contradicen lo difundido por la prensa actual. El doctor Freud y su cuñada dicen estar alojados en «una humilde casa suiza», no en el hotel, que sólo tienen «delante, como una fortaleza». ¿Existe realmente ese asien-to en el libro de registro del albergue? Según habían revelado en cartas anteriores, previas a su hospedaje en Maloja, los viajeros disfrutaban del paisaje suizo, de sus glaciares, de la buena temperatura, del vino, «que es excelente y barato en todas partes», según escribe Minna a su hermana, Martha Freud. Más aún, la cuñada del doctor detallaba los cambios tan saludables que el estudioso estaba experimentando en contacto con la naturaleza. «Tengo que contarte una cosa, aunque no me vas a creer», dice el día 10.

Tu marido ha tomado el menú del día; le ha gustado mucho, y por la noche haremos lo mismo. Está verdaderamente como cambiado: ha hecho amistad con el médico del balneario, habla con todo el mundo, y disfruta del ambiente selecto y el confort todavía más que yo.

²⁹ Según la crónica de Rodrigo CARRIZO que ahora destapa para *El País*: «Las ‘relaciones peligrosas’ de Sigmund Freud y su cuñada», *El País* (26-XII-2006).

Pensaban irse pronto, «pero esto era demasiado fascinante: elegancia y comodidad al mismo tiempo, y los alrededores son de fábula», concluye Minna. Y, sin embargo, no parece cierto ni verificable que Freud estuviera el resto del mes de agosto en Maloja.

¿Qué hicieron el doctor y su cuñada en aquellos días? Que un marido sin su esposa viajara con la cuñada solía levantar todo tipo de sospechas. No extraña, pues, que pudieran llegar a registrarse como matrimonio en algunos sitios con el fin de acallar todo comentario o maledicencia, porque si eran amantes, si disfrutaban lúbricamente de sus cuerpos y de su soledad, entonces más conveniente podía haber sido mantener dos cuartos diferentes para evitar rumores. ¿Se hospedaron en una humilde casa o en el hotel-fortaleza? ¿Estuvieron sólo un par de días o un par de semanas?

Resulta chistoso todo esto, porque estos reproches se sacan a colación para arremeter contra las teorías psicoanalíticas y contra la integridad del Dr. Freud, cuando su significado podría ser justamente el inverso: en todo caso, el adulterio real o fantaseado del burgués llamado Freud confirmaría los hallazgos frecuentes de su clínica, las fantasías sexuales indómitas de los varones de la Europa victoriana. ¿Freud adúltero? Los círculos psicoanalíticos, los adversarios y los periódicos disputan sobre el particular, sobre la posible incongruencia que se habría dado entre las ideas del doctor y su vida privada; entre la moral del investigador, y el comportamiento lúbrico, adúltero, del burgués rijoso, incapaz de serle fiel a su esposa. Su caso parece confirmar, en efecto, el estereotipo más previsible. Una doble moral de calavera refinado que preserva su familia de manera recatada, una familia en la que trata de conciliar el cariño conyugal con el interés. ¿Y el sexo libidinoso? El sexo libidinoso se practicaría fuera, en el mundo, un mundo contenido y hedonista a un tiempo, con tentaciones ostentosas a las que se sucumbe con decoro y reserva, un mundo de apetitos refinados y de contención. El matrimonio del burgués suele consumarse con mujeres dóciles, irritables, enfermas, aquejadas de padecimientos imprecisos, abatidas por todo tipo de postraciones inespecíficas, mujeres distantes, sumisas y sumidas en dolencias incurables, con desarreglos nerviosos, con neurastenias o abatimientos. Exactamente las mujeres que Sigmund Freud trataba con frecuencia en su consulta vienesa.

No sé. Todo esto es muy previsible y muy relevante para quienes investigan sobre el mundo burgués o para quienes —interesados en el psicoanálisis— reflexionan sobre el adulterio (real o fantaseado). No me pidan moraleja para esta historia, que no la tiene. No hay castigo retrospectivo para el adúltero ni hay salvación posible para el genio mancillado. Pese al cuidado con que trazó su imagen, pese a quienes lo repudian, Freud seguirá entre nosotros humanizándose, como un mito frágil o como un titán algo desmejorado. Habrá que seguir leyéndole...